

Imagen de Muriel Spark

La literatura inglesa contemporánea se conoce poco aquí. La vocación culturalista encuentra más fácilmente en Francia sus objetos. La novela francesa, planteada experimentalmente, lo mismo que las producciones de larga tirada y vasto público, dispone de canales que, en virtud de una información literaria totalmente volcada hacia el país vecino, nunca se ciegan. Ello oscurece para nuestros ojos todo lo que acontece en otras partes.

Así quizá haya que explicar nuestro desconocimiento de la intensa actividad literaria británica. Poco dirá, en efecto, a los lectores españoles —por poner un ejemplo a la mano— el nombre de Muriel Spark a pesar de que una de sus mejores novelas, «Las señoritas de escasos medios», haya sido ya traducida hace algunos años. Otra de sus obras, tal vez la de superior calidad, acaba de aparecer en Barcelona. La ha editado Lumen en su colección «Palabra en el tiempo» y se titula «La imagen pública».

Muriel Spark, escocesa de mil novecientos dieciocho, empezó a escribir en los años cincuenta y ya tiene en su haber once títulos y una calurosa acogida por parte de su público. Sirviéndose de una capacidad para la sátira muy poco corriente, la Spark ha realizado, a través de su obra, una seria vivisección de la sociedad inglesa de hoy. «La imagen pública» se inscribe en esta empresa, pero tiene un mayor alcance: la Spark utiliza todos sus recursos para abundar psicológicamente en la descripción de la protagonista de su novela, una actriz cinematográfica, dueña de una aparentemente insulsa mentalidad que logra, sin embargo, fabricarse una fuerte personalidad en los debates de la contradicción que vive con su marido. En «La imagen pública» no encontraremos un estilo nuevo, un planteamiento original ni ninguna clase de experimentalismo. Es una novela académicamente relatada, al margen de cualquier aventura formal. Pero posee

una indiscutible calidad por su penetración, hondura e interés, y porque está narrada con una gran fuerza. ■ R.

ARTE

Estos días no son los más indicados para las exposiciones. Y son mucho menos indicados para los comentarios a las exposiciones. Estos días, la mayor parte de la gente interesada por esas cosas suele tomarse unas vacaciones primaverales. El visitante habitual de exposiciones, si puede, se lanza a un pequeño viaje por el interior del país. Redescubrir España es buena actividad para estos días. Ya hablaré de Baltasar Lobo, nuestro escultor de París, cuando tengamos un clima más propicio. Hoy me doy tregua a mí mismo para comentar esa actividad redescubridora de los días iniciales de la Primavera.

Andar por España

España... ¿es diferente? Ese «slogan» —un poco ridículo, todo hay que decirlo— en el mejor de los casos no le sirve a aquellas personas para las que yo quisiera que fuese válido mi comentario de hoy: a los españoles. Porque, sí, España es diferente del Congo y del Polo Sur, lo cual es tan obvio que ni siquiera hay que remarcarlo. España, sí, es diferente también, por ejemplo, de Francia. ¿Pero por qué? Aquí entran en juego una serie de factores diferenciales, de entre los cuales algunos son virtudes, pero muchos de ellos son defectos, de los cuales no hay por qué jactarse tan olímpicamente...

Además, España no es tan diferente de lo que la mayor parte de los españoles pensamos que es. Los españoles pensamos que el pasado más o menos esplendoroso de este



LA LARGA LUCHA DE ARTHUR ADAMOV

Arthur Adamov ha elegido su muerte como eligió su vida, con una familiaridad conmovedora, con ese tipo de ingenuidad que caracteriza a los personajes más trágicos de Dostoievski. Quizá porque era de origen ruso-armenio, Adamov anduvo errante por París durante años, sin aceptar que el mundo no se pareciera a sus sueños.

En Saint-Germain-des-Prés, en la enrucijada del Odeon, entre el Flore y el Old Navy, se encontraba como en su casa. Los camareros que le servían al mediodía su parca comida (huevos al plato y vino blanco) apreciaban su extraordinaria cortesía de niño bien educado. Adamov no olvidó nunca sus orígenes de millonario ruso, educado en palacios suizos por padres que tenían fobia a los microbios y que hacían desinfectar todo lo que su hijo tocaba.

La revolución de Octubre, que arruinó a su familia, fue para él la promesa de una liberación. La consiguió cuando, durante la adolescencia, comenzó a frecuentar los medios surrealistas. Cuando publicó su primer libro, «L'Aveu», una confesión lírica y delirante, sadomasoquista y provocadora hasta el exceso, se situaba en la línea de los escritos de Georges Bataille, del que desde tiempo era amigo.

En 1950, su primera obra («L'Invasion»), montada por Jean Vilar, gracias a un grupo de amigos, le convirtió en el primer autor de una nueva vanguardia. Reconocido por el nuevo público —en el que curiosamente se encontraba Jean Anouilh—, y sin cam-

biar para nada sus hábitos de bohemia extática, Adamov hizo su nueva entrada, pasados los cuarenta años, en la vida. No se había apagado su rebelión. Del universo de Strindberg y Kafka, bajo la influencia preponderante de Brecht (una vez revelado en 1956 el Berliner Ensemble) pasó insensiblemente con «Paolo Paoli» (una de las primeras puestas en escena de Roger Planchon) al teatro comprometido. Adamov se encontró, no sin desconfianza, junto a los comunistas.

La última obra que escribió, y que aparecerá pronto, vuelve a la psicología según Strindberg, su Dios.

Entre tanto, la enfermedad se había apoderado de él y con una acritud que no le dejaba respirar. No se rebela impunemente contra el orden del mundo. La vida de Adamov fue una larga lucha contra la miseria. Aparte de su teatro y de la pasión que tenía por sus obras, realizaba trabajos duros, mal remunerados, para la radio. Aquí adaptó a Flaubert, y, a pesar de los numerosos amigos que tenía, y que le eran absolutamente devotos, era un hombre aniquilado, agotado, que terminó por preferir la muerte a una lenta degradación de su ser.

Está de moda unir al nombre de Marx la frase «cambiar el mundo» y al de Rimbaud «cambiar la vida». Adamov ha muerto el día en que supo que no podría ya satisfacer esta doble exigencia de la que unos hablan y de la que otros, como él, viven. ■ GUY DUMUR.